AÑO L — Jueves 6 de Octubre de 1910 — NUM. 14651

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Sucripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas. - Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses. 10 id
La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.=Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París, *Mr. A. Lorette*, 14. rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmrtre.
La correspondencia al Administrador

De política

CARTA ABIERTA

Excmo. Sr. D. Alvaro Figueroa Conde de Romanones.

Mi respetable Sr: El estado verdaderamente caotico en que se hallan desde hace poco menos de un año, las fuerzas liberales de Cartagena, me ha sugerido más de una vez, el propósito de exponer, acerca de esta grave anomalía, mi modesto y leal parecer. Pero siempre saliame á paso la misma dificultad. ¿A quién dirigir mis reflexiones? ¿En quién residía la autoridad política y el poder necesario para poner término á tan peligrosa anormalidad?

Y ya vé V. como el tiempo trascurrido me ha dado resuelta esa dificultad; porque en todo él, no ha producido la pequeña revolución que desorganizó el histórico partido liberal de esta ciudad, grande ó chico mejor ó peor, personalidad apta, por propios y suficientes títulos, para unir y acaudillar las fuerzas liberales dispersas; y queda, por consiguiente, íntegro el problema para la iniciativa y para la responsabilidad de V., autoridad política efectiva y acatada en la provincia y personificación de muy cuantiosos y legítimos intereses que conviven con los nuestros, desde hace muchos años y le ligan á nuestros progresos y á nuestros decaimientos.

Además, si V. por esos títulos, precisamente, no pudo sustraerse á los requerimientos de la conjunción que inició ese movimiento y hubo de ayudarle con la efectividad de su autoridad y de sus medios políticos, no puede permanecer indiferente ahora, cuando se liquidan los resultados de aquel movimiento y todos los partidos, menos el liberal, recogen y ordenan sus fuerzas

No hay que volver sobre lo pasado, sino para recordar, en justificación de la intervención de V., que aquella conjunción pudo recatar fácilmente sus bastardos orígenes, por la adhesión que elementos valiosos é independientes la prestaron, bajo la fácil seducción de la crítica negativa y por su desconocimiento de las verdaderas causas de nuestro decaimiento local, insidiosamente adulteradas en predicaciones diarias.

El *movimiento triunfó* con determinaciones sorprendentes aun para sus mismos iniciadores; porque siempre han estado éstos olvidados de la importancia de aquellos auxilios no concertados, anónimos, pero efectivos, de los elementos independientes que en él pusieron esperanzas, y de la singular que tuvo el apoyo moral y material de V.

Y llegados á los puestos directores, procedieron con olvido, aun mayor de los sanos estímulos de sus aliados valiosos y expontáneos y se entregaron ciegos á dar satisfacción á los suyos inconfesables y subalternos. Tan ciegos estaban que no se percataron de que la libertad en que les dejara el retraimiento forzado ó cauteloso de las demás fuerzas políticas del Concejo, les imponía entera la responsabilidad de sus iniciativas. Por el contrario, aquel retraimiento redobló su audacia y ofrecieron á la consideración pública su ineptitud y los desaciertos consiguientes, en grado nunca visto.

Ante excesos tales, empezó el desfile.

Aquellos elementos independientes, valiosos y expontáneos auxiliares del movimiento, los abandonaron primero y los execraron luego, al verles en pleno dosenfreno de sus ambiciones personales, único contenido del arca cerrada con que excitaron su expectación y sus ansias de mejoramiento local.

Los grandes contingentes de las clases populares, que, sintiendo estimulados sus instintos radicales por el sentido revolucionario del bloque, se habían incorporado á éste, salieron también de él, desengañados, pero completamente definidos como republicanos y con miras á una organización extensa y eficaz; porque, con razón ó sin ella, se atribuyeron la mayor participación en el éxito electoral y se sintieron capacitados para restaurar en Cartagena el poder y la influencia política que perdieron.

Los contados liberales demócratas, que para unirse al bloque tuvieron que fundir incompatibilidades y enconos antiguos y tenaces, al calor de impaciencias y despechos más recientes, se sintieron bien pronto postergados en él y conducidos arbitrariamente por una ambición exclusivista. Y por ser los más juiciosos y los de mayor sentido gubernemental, hubieron de romper también la formación. Pero sin hábitos de disciplina y sin núcleo suficiente para constituir, por sí solos, organismo político proporcionado, esperan sin duda, la concentración de fuerzas genuinamente liberales, para entrar en ella.

En igual expectación están, de seguro, los antiguos liberales, más numerosos pero más dispersos, y singularmente afectados por aquella anomalía que les hizo víctimas de un bloque llamado de las izquierdas, que *no logró cristalizar* frente á los conservadores y, en cambio, se consolidó en la época de mayor libertad y precisamente contra los defensores de ésta.

Y la Federación de gremios, conducida á extremos de parcialidad incompatibles con su organización y con sus fines y aun con los ideales políticos de muchos de sus socios, hace ahora un alto en ese camino suicida, volviendo la vista á sus intereses peculiares que sólo en la paz y en la neutralidad tienen adecuado ambiente.

Todos los [illegible] pues, ante el manifiesto fracaso del bloque. Y todas se preocupan de ajustarse á las enseñanzas recogidas; todas viven, en fin: sólo el partido liberal permanece desorganizado y disperso en estas circunstancias tan propicias para su organización y desarrollo.

Y es porque aun imperan añejos artificios.

Bien sabe V. Sr. Conde, cuán convencionales son, en muchos casos, las investiduras de la representación política, y por cuán variadas causas se dislocan los encasillados.

Esa investidura no está siempre con la autoridad, con la simpatía y con la confianza que son tan necesarias para formar y regir un partido local.

Un acta se regala, pero un partido no

Aquí se dá el caso; y en vano esperaremos la solución manteniendo el convencionalismo.

Quien no supo retener elementos que desinteresadamente le auxiliaron y con quienes triunfó, ¿cómo reunirá y someterá á los que tuvo por enemigos en la batalla?

Una cohorte abigarrada, como resíduo de la incorporación de fuerzas á los distintos organismos políticos, que ahora se está efectuando, no es un partido, sino una incógnita peligrosa; y eso es lo único que dará de sí el poder de una investidura que no llega más allá de la exaltación personal de quien la ostenta.

La reconstitución del partido liberal requiere, hoy más que nunca, una iniciativa serena y autorizada que no traiga antecedente alguno directo de las pasadas luchas. Así podrá lograr la cooperación de todos los verdaderos liberales y estimular la adhesión de muchos elementos valiosos, que ya rompieron expontáneamente su indiferencia y han sacado de sus desengaños recientes, el convencimiento de que se impone una intervención muy activa en la vida local, y la enseñanza de que sólo puede actuarse eficazmente desde los partidos políticos.

Y sólo á V. Sr. Conde corresponde tomar ó delegar solemnemente y sin demora esa iniciativa Porque cada día que pasa, cada hora que transcurre sin organizar esas fuerzas, sin aunar esas voluntades y sin constituir ese partido, es un nuevo quebranto que se ocasiona, [illegible] una nueva más que amenaza destruir para siempre la política liberal cartagenera.

Le pido perdón por mi atrevimiento y con todo respeto le saludo.

Un cartagenero.

6—10-910.

La vida del Gobierno

Madrid 6-9 m

Varios periódicos hacen comentarios pesimistas acerca de la vida del Gobierno por la actitud en que se hallan colocados los presidentes de las Cámaras y la contrariedad que experimenta un ex-ministro por las gestiones que ha hecho Canalejas cerca de Moret.

Cosas de mi pueblo

Historia larga... pero pesada

Competencias profesionales

— CAPITULO XV —

Banquetes. —Cuchipanda populosa

No hay acontecimiento en la vida humana que no se celebre con un opíparo banquete, con un modesto *gaudeamus* ó con una merienda más ó menos popular; hasta los que no podemos hacer extraordinarios para festejar una fecha célebre en los fastos de nuestra vida, aumentamos en el cocido seis garbanzos más á los nueve que por designación del hado nos corresponden de ordinario. Y, en mayor ó menor escala, todos celebramos el ascenso por elección á los 19 años en el empleo, la muerte de la suegra, el nombramiento de Concejal, la salida de la Cárcel, el triunfo oratorio conseguido con una improvisación... hecha en tres meses, el fallecimiento de un acreedor con pacto de *retro*, el día que quedamos viudos, etc. etc.

Pues si esto es así, no se extrañarán mis lectores, de que los Representantes de mi pueblo exclamasen: ¡á comer, á comer! para algo habían conseguido la Representación; y celebraron el triunfo según sus categorías y circunstancias.

Los primeros en tragar fueron los de don Josué; buen apetito ¡Dios se lo conserve... y no se lo aumente! y dinero á mano para darse gusto, no tuvieron que hacer empréstitos particulares, como otros los hicieron, aunque á espaldas de don Danilo para que no se los estropease: Ya lo dijo D. Josué en el mitin: ellos tenían «saludy pesetas» y con esos razonamientos se vá á todas partes y ellos fueron á [illegible] nato químicamente impuro que luego tendrían que tomar. Hubo entusiasmo, alegría, magnesio, discursos, vivas é indigestiones; fué una fiesta hermosa que puso en mi pueblo los dientes largos y todavía muchos no podemos cerrar la boca.

Después celebraron el triunfo ¿? los de don Manrique; quería éste demostrar que según *Feltré* y *Calasanz* «los duelos con pan son menos» y que *Froeale* y *Pestalozzi* aseguran que «no solo de pan vive el hombre, sino que necesita algún que otro trozo de jamón con huevo hilado», y se banquetearon modestamente porque no estaban los tiempos para golferías y más hablándose distanciado del turrón gubernamental. Por 3'50 pesetas cada uno, comieron, bebieron, fumaron, discursearon y tomaron una igualá para el Cementerio de mi pueblo, por si la comida les hacía ir á aquél Campo santo á enterarse de las cuentas del mismo.

Y por último, celebraron el triunfo de don Gracia Varzo, «La Policlínica de los Zurdos» «El Globo Terráqueo», los amigos y admiradores, los primos (unos políticos y otros no políticos), niños y militares sin graduación, albaceas testamentarios y ¡el delirio! Aquella *multitud de muchedumbre* no podía reunirse en un local cerrado, ni entreabierto, y tenía que estar en plena Naturaleza y los directores del cotarro acordaron que fuese en un monte y que constituyese aquel acto una peregrinación como la del Calvario y lo bautizaron con el nombre de «Cuchipanda populosa». Y allí fueron todos los de mi pueblo, y vinieron los de otros pueblos vecinos, y comisiones de provincias y hasta las Naciones extranjeras enviaron embajadas extraordinarias: según un *personimétro* ideado por «El Globo Terráqueo», se puede asegurar que fueron á felicitar al joven Representante 152.348 personas, de toda clase de sexos.

Unos llevaron su merienda, otros se comieron las que llevaron los unos, algunos se contentaron con oxigenarse y se alimentaron de aire puro, estilo camaleón; la alegría y el contento reinaron por todas partes y los cohetes atronaron el espacio, los taponazos del pelcón invitaban á cojerla y las músicas estaban desacordes respecto á lo que iban á tocar para amenizar la Cuchipanda populosa; pero el sexteto zurdista impuso su criterio y tocaron con la izquierda ¡por algo eran zurdos! una melopea compuesta con trozos de la marsellesa, de la marcha real, del [illegible] acto; una especie de Policlínica musical.

Pero el *clou* de la Cuchipanda fué la comparsa alegórica; sobre un carretón que simbolizaba el mundo, iban varios asiduos concurrentes al paseo de los mancos: todos llevaban ocultas las manos derechas y representaban á los zurdistas, y de vez en cuando se ponían el carretón en la cabeza, como indicando que se ponían el mundo por montera. El carretón iba rodeado por individuos de ambos sexos que figuraban representaciones de todas las clases y órdenes sociales; así por ejemplo, la industria iba representada por un betunero y una alpargatera; el arte del tereo por un discípulo del «Chico de la Droguería; las bellas artes por uno que tocaba el pito, un pintor de puertas y ventanas y uno que hacía figuras de barro; el periodismo por un repartidor de periódicos; los adelantos modernos y la gracia andaluza, por una telefonista y una sevillana, etc., etc.

Fué un éxito ¡qué digo un éxito! diez éxi-

misterioso y divino los unía como burlándose de las diferencias de su condición social, mientras se iban apagando las últimas notas de la música, y mientras allá, á lo lejos, sumida en la sombra, esperaba la ciudad su próximo despertar.

Pero si no nos vence en cuanto á la cantidad, nos vence en cuanto al tamaño.

La gigantesca Libertad iluminando al mundo por medio de un faro eléctrico, y que domina la rada de Nueva York, tiene tales dimensiones que, en diferentes ocasiones, se ha pedido instalar en el interior de la cabeza una sala para un banquete, en lo que seguramente no pensó el eminente escultor Bartoldi, quien el gobierno francés encargó tan colosal estatua para ofrecérsela á los Estados Unidos.

Ocupados, al parecer, dichos jinetes en mantener al paso sus cabalgaduras—soberbios caballos de pelo leonado y de nerviosos jarretes,—se observaban con el rabo del ojo sin decir una palabra.

Era William Boltyn y miss Aurora, su hija. Aunque era poco aficionado á esta clase de deporte, bueno, según él decía, para los europeos, el millonario consentía á veces en acompañar á su hija en su paseo matinal.

No sabía rehusarle nada, y como ella pretendía que el montar á caballo es el colmo de la distinción y del *smart*, como hoy se dice, se resignaba á acompañarla durante una hora. William Boltyn, el hombre más rico de la Unión, el *emperador de los dollars*, como le llamaban, el propietario de los inmensos mataderos que ocupaban un barrio

hablar de su padre!—decía para sí.—¿Serán fundadas mis sospechas?

Aurora no había querido sentarse.

A pesar de los ventiladores, hacía mucho calor en la sala del teatro.

Iluminaban dicha sala gran número de guirnaldas multiculores de lámparas incandescentes.

Había centenares de personas que esperaban para oir las grandes maravillas que ofrecía el programa.

Los dos jóvenes se colocaron en el hueco de una alta ventana, separándose de la multitud de señoritas, señoras y caballeros, y desde allí asistieron al desfile de los artistas contratados por el dueño de la casa.

Pero los más cómicos relatos y las más alegres canciones no lograban arrancarles una sonrisa.

Ambos se hallaban íntimamente preocupados.

Por las ventanas que proyectaban su claridad sobre la desierta avenida, se veía extenderse hasta lo infinito la perspectiva geométrica de Chicago, la ciudad monstruosa dormida en la sombra bajo el cielo sembrado de estrellas.

Sólo algunas chimeneas que arrojaban acá y allá torrentes de humo, indicaban el trabajo nocturno de los humildes.